DT 06 22

Como marcha fúnebre no puede pedirse más, y es porque tiene una característica original que ya hemos olvidado después de siglo y medio. En la sonata número 12 y en la tercera sinfonía de Beethoven y salvando las distancias en el crepúsculo de los dioses, las marchas fúnebres son heroicas, es la apoteosis del héroe muerto. En la de Chopin, aunque este pasaje es solemne y rítmico, el elemento esencial es el dolor, como dijo Liszt con otras palabras más floridas, un dolor íntimo que aparece claramente en el bellísimo lamento central.

A Schumann no le gustaba la marcha fúnebre, le parecía fuera de lugar, y sin embargo es el núcleo central, la semilla de toda la obra. Chopin inauguró un modo personal de tratar la forma sonata, adecuado a los largos periodos líricos y dramáticos. Sin acomodarse a las reglas clásicas, produce inmediatamente, salvo en el último movimiento, una gran impresión de unidad, la sensación de que, desde la primera frase, la sonata se desarrolla en un solo impulso de onda invención melódica.

Oígase la obra entera, no es que Chopin ignore las reglas clásicas, es que reinventa la sonata, es decir, inventa la sonata romántica, que Liszt fundirá en un solo movimiento. Hay en ella, como en otras piezas de este periodo, una escritura más densa que en sus obras anteriores, y una acentuación del contrapunto, que tiene consecuencias importantes sobre la armonía y el timbre. El cortísimo finale, que se adelanta a medio siglo, es casi atonal.

Es curioso que gustara mucho a Schumann, y cuando se conoce bien, entra a formar parte en la lógica de la obra. En ella hay también un desarrollo de la tensión revolucionaria que Chopin había olvidado un poco en sus primeros años parisinos. El desarrollo de la tensión revolucionaria es propio de esta época de Chopin, que es importante y no solo por la sonata, que estamos oyendo ahora en la magnífica segunda grabación de Schenazzi.

Oíganse en la vuelta del disco otras obras del mismo periodo, por ejemplo, el Scherzo op. 39 o la polonesa op. 40 nº 2. Es un disco importante por la época, por la sonata y por la interpretación.

Hay otras grandes versiones de la segunda sonata de Chopin, como la de Rubinstein, la de Guilels, la histórica de Nat, o las recientes de Peraya y Pogorelich. Pero yo creo que sobre todos están la de Horowitz y la de Schenazzi, que sigue la tradición inaugurada hace ya un siglo por Anton Rubinstein y que no está en la partitura del fortísimo en la repetición de la marcha fúnebre.